

En la cima del monte desolado

Shin Write

Image not found.

Capítulo 1

La cima de un monte desolado, triste, ahí donde las memorias y los cuerpos terminan, se bañan en el gris del cielo, las gotas claras de lluvia que crean lodo encima de cada uno de ellos para ensuciarlos y enterrarlos. Nadie debe saber de ellos.

Una tormenta suave cae y cae, las gotas bañan de olvido a los cientos de inertes. Ninguno está muerto en sí, solamente no se mueven, cada persona encima de otra como si fueran muñecos o androides, ninguno parpadea, sólo miran a un lugar, están perdidos. El monte de los perdidos. La lluvia moja sus cuerpos, pasa por pies, manos, brazos, torsos, incluso caras y llega a meterse en los ojos. Nadie reacciona, todos viven sólo por vivir, o más bien, esperan el resto de sus días abandonados a que llegue su último respiro.

Una existencia que perdió sentido antes de tiempo y ahora ha vaciado a la gente. ¿Qué motivo queda para pelear? Si es que aún hay uno. Los pechos se inflan y desinflan sutilmente, apenas perceptibles. La vida es lo que escapa en cada suspiro, pero nadie tiene la fuerza suficiente como para tratar de atrapar ese pequeño rayo de luz. Son los conquistados por sus demonios, aquellos que, en el camino de sus vidas, se encontraron con un muro tan grande que no supieron cómo superarlo, ni siquiera supieron cómo pedir ayuda a tiempo.

En la cima se escucha movimiento, unas vías mecánicas marcan el paso de un tranvía, o un camión de basura. Todos los días a la misma hora llega una nueva carga de desolados. Las lluvias se transforman en lágrimas, el monte de perdidos crece y crece hasta convertirse en una montaña. El transbordador arriba a la hora marcada, un armatoste de metal y acero con luces sintéticas, sus compuertas se abren y un mecanismo tira el peso muerto: Desolados. Los cuerpos llueven encima del monte como la tormenta. Así como el agua ayuda a germinar las plantas, los perdidos ayudan a germinar las montañas. Caen y caen cual gotas al suelo, los huesos se rompen y varios ojos se cierran, su tiempo ha llegado al fin. Los más suertudos no sobreviven a la caída o terminan hasta la base, pero el mayor de los desafortunados es el último en salir del mecanismo, un desolado que cae justo en la cima, sano y salvo, para recibir el castigo de los elementos de lleno y esperar a que sea la asfixia de tener cuerpos encima lo que termine con su existencia. El armatoste se retira sin algún remordimiento, decidió abandonar todo lo que no necesita y sólo cumple su función.

Las gotas caen con más fuerza, como si castigaran a la gente que decidió darse por vencida. Algunos lloran, otros se quedan inertes, como es su función, ¿pero ¿qué pasa con el último que cayó? Aquél que quedó en la cima y ve de primera mano el cielo ennegrecido y las gotas inclementes,

cada una golpea y castiga, golpea y castiga. El frío y el viento los atormenta, ni siquiera la cercanía de los cuerpos crea el calor suficiente como para protegerlos de la intemperie. Mueren más, otros no tienen tanta suerte. Cualquiera que visitara el lugar pensaría que es simplemente un tiradero de maniquíes, pues cada persona que acaba ahí termina no sólo desnuda, sino que, sin cabello, sin facciones que los distingan del resto.

Pero aquí hay uno, uno de ellos que aún se mueve, si acaso lentamente. Uno que cayó en la cima y ve el cielo negro y tortuoso. Las nubes reflejan sus deseos, el objetivo y plan de vida que tuvo alguna vez, pero que por un tropiezo nunca alcanzó a completar. Como si fuera una película se vio caminando por la vida, tropieza una y otra vez, se levanta, pero a veces es difícil. En ocasiones ni siquiera lo hace, se queda ahí un rato. Unas páginas vuelan alrededor de él, las paredes de su habitación se cubren de letras, todas forman palabras de inseguridades y recriminaciones. Ve cómo el cabello se le cae poco a poco, cómo sus piernas dejan de responderle y sus brazos se niegan a escribir. El colorido paisaje que era su corazón se baña en el gris del letargo. Las preguntas no paran en llegar: ¿Para qué hacerlo?, ¿por qué hacerlo?, ¿qué quiero hacer?, ¿qué estoy buscando? Perdido, se pierde aún más con el mapa incorrecto de sus pensamientos, no sabe a dónde ir. ¿Para qué ir, entonces? Cuando se da cuenta respira lento, su cuerpo ha perdido el brillo y color, se ha convertido en un maniquí también y el recolector llega por él en la noche.

¿Cuál es tu razón para luchar? Le pregunta. No puede responder, pues la boca ha desaparecido, sólo quedan los ojos y la nariz, no sabe si tiene siquiera una razón para vivir. Así es como se lo llevan. Pero antes de salir de su habitación tuvo un brillo, un resplandor que nunca antes había notado. Justo en el hombro del recolector pudo mirar por la ventana unas palabras que nunca había dejado entrar. Aquellas palabras de afecto que se había negado ver y recibir, pues no se consideraba merecedor.

Ahora ve el recuerdo. Palabras de aliento, afecto y apoyo. Personas que ha conocido a lo largo de la vida a la que le perdió el sentido. Se sintió como un barco a la deriva y eso lo llevó a la cima de la desolación. Sus ojos se cubren de las gotas, éstas penetran la coraza y abren grietas en el cuerpo, se cuelan por éstas y llegan a su alma. Una piedra que ha perdido el brillo a causa de polvo y falta de atención.

Dame una razón para pelear. Dame un motivo para vivir. Dame un objetivo que seguir.

No recibe respuesta, pues no es algo que alguien más pueda darle. Mira las imágenes detenidamente del cielo, las palabras que decidió ignorar en su momento. Ve no a un demonio ni a dos atacándolo, sino que él mismo se arranca las extremidades y las reemplaza por brazos y piernas de maniquí. No fue culpa de un demonio figurativo, sino que todo fue de su

propia mano, él mismo se había convertido en eso.

Las gotas continúan cayendo, pero se da cuenta: No es un castigo, sino una caricia, el amor y cariño que se había negado ahora estaba obligado a recibirlo de manos del cielo mismo. Es como un baño silente de una madre triste por ver a su hijo tan destruido, una madre que sólo reza y desea ver a su hijo con la misma fuerza que tuvo alguna vez. Las gotas se convierten en esas palabras que nunca hizo caso. El amor llueve y llueve como si alguien se lo restregara en el rostro para que al fin se diera cuenta de lo que nunca pudo ver. No está solo, nunca lo estuvo. Tiene valor, no es una persona vacía. Merece el cariño y afecto que incluso él mismo se ha negado. No quiere verlas. Las palabras son hirientes en ese estado. Todas caen sobre su pecho abierto y se cuelan directamente a su alma. La pulen y limpian forzosamente, un brillo se asoma de entre la suciedad, entonces el maniquí al fin se mueve, se retuerce por el dolor, no quiere aceptarlo, ¿por qué alguien como él tendría esa luz? No la merece, no puede estar en su interior. Entonces las lágrimas florecen de sus ojos, intercambian el brillo cristalino por uno vivo, y entristecido.

Los otros maniqués tiemblan, la montaña se estremece. El pecho abierto comienza a proyectar una luz interna al cielo, un faro que alumbraba a los desolados y parte el cielo ennegrecido, revela ante ellos la visión de un cielo despejado y estrellado, se decora con cada uno de los sueños que aún viven en las personas no maniqués. La luz los deslumbra, nadie quiere ver esa señal, pero aquí el maniquí nota algo. Aquellos sueños brillantes no son los únicos. Opacados por las estrellas más fuertes, puede notar también unas que aún luchan por mantener su luz, esas no son las aspiraciones de la gente, sino las del monte de la desolación.

Hay energía, aún hay esperanza. Incluso los cuerpos inertes pueden tener algo de vida aún, aquella que ellos deseen. La luz en su interior se intensifica, el cuerpo se va recuperando. Los ojos se inyectan de luz, sus lágrimas ahora son luminosas y desprenden vida. Recorren las mejillas del maniquí y lo convierten en piel. En su interior, el alma dañada se va reparando, como una perla sucia se caen las imperfecciones y libera su poder escondido. Se llena de energía y comienza a crear los órganos y dar el respiro que tanto se había negado en dar el maniquí.

Experimenta dolor, ansiedad, tristeza, felicidad, preocupación y euforia, toda una mezcla de colores nacientes de su pecho abierto que se cierra poco a poco y se contiene en su interior para indicarle de qué está lleno: Emociones. La luz invade sus piernas y las limpia, retira la madera, se vuelve piel, algo en él comienza a temblar, ha estado acostado tanto tiempo. Le duelen las manos, le duelen las piernas, le duele el estómago y la cabeza, le duele el alma. Las lágrimas del cielo limpian y purifican las heridas que una vez tuvo en su interior, aquellos grilletes internos que había decidido ponerse se deslizan y lo liberan. Cada gota en su cabeza se pinta de negro, se convierte en su cabello, los ojos recuperan un verde

vibrante, sus manos adoloridas se cierran poco a poco, luego mueve los pies.

Los ojos comienzan a ver a su alrededor, después la cabeza. Él no es la única luz que nace de su monte desolado. Otras montañas comienzan a iluminarse poco a poco y a descubrir el cielo, aclaran las dudas y el castigo que cada maniquí había aceptado. Todos apuntan al cielo, hacia las estrellas sin luz, y les devuelven la vida. ¿Aún hay motivo para vivir? No están seguros, puede que sí, puede que no, pero ciertamente no lo descubrirán ahí abajo.

Repentinamente suena una bocina. Las vías por encima del monte traen a otro camión carguero, pero éste tiene una garra para recoger cosas. Se detiene encima del primer maniquí, el primero en recuperar su humanidad.

Entonces, la garra baja por él...